

TEMA DEL MES

Interculturalismo, tolerancia y educación

Aunque las cifras de población emigrante no se aproximan aún a las de otros países europeos, no se puede negar que el fenómeno de la emigración y sus consecuencias se están observando en nuestro país desde una perspectiva que consideramos inadecuada.

Rechazamos la validez del sutil argumentario cuyo fin es justificar posturas etnocéntricas. Abogamos por el necesario respeto de los derechos de ciudadanía de la población emigrante y, como corolario, cuestionamos el papel que han tenido hasta ahora la educación y la escuela en relación con el hecho intercultural y los recursos que se han destinado para atender al alumnado emigrante.

La educación debe abordar decididamente las dimensiones necesarias para la formación de una nueva ciudadanía más democrática, más social, más paritaria, más respetuosa con el medio ambiente y, desde luego, más multicultural.

Manuel Fort Hernández
Federación de Enseñanza de CC.OO.

Un escenario conocido, una perspectiva diferente

“En el siglo que viene tendremos que escoger entre ser un explotador del Norte o luchar contra la capacidad explotatoria del Norte, y Europa no puede autoengañarse pensando que tiene un papel inocente en la relación Norte / Sur”

Manuel Vázquez Montalbán (1992)

La imparable explosión demográfica que se inicia con la consolidación de la sociedad industrial y la consecuente mejora en las condiciones de vida y de la medicina, ha llevado a una población mundial de más de 6.000 millones de personas, de las que sólo 1.300 millones (el 21%) viven en los países de alta renta y 4.700 millones (el 79%) en países en vías de desarrollo

Manuel Fort Hernández
Secretaría de Formación FE CC.OO.

A mediados del siglo pasado, cuando muchos de nosotros nacimos, en el mundo éramos menos de la mitad. El número de personas que poblaban la Tierra se situaba en torno a los

2.500 millones; de ellas, unos 800 millones (el 32%) vivían en los países industrializados, y el resto, 1.700 millones (el 68%) lo hacían en países en vías de desarrollo.

La degradación de algunos hábitat, el agotamiento de los suelos, la pobreza motivada por la deuda externa, la violencia, etc. son -y lo serán aún más en el futuro- las circunstancias que se ciernen sobre la vida de muchos ciudadanos, cuya única alternativa es abandonar sus lugares de origen y emigrar. Recordemos el viejo aforismo que reza: “Si las oportunidades no van donde está la gente, la gente viajará donde están las oportunidades”.

Estos movimientos migratorios, que podrían observarse desde la vertiente positiva del mestizaje cultural, como capaces de revitalizar las viejas sociedades occidentales y de contribuir al relevo generacional allí donde la población envejece (en el año 2050 uno de cada tres europeos superará la edad de jubilación), son, sin embargo, percibidos como una gran fuente de conflicto; en algunos casos, porque sólo consiguen desplazar, sin resolver, los problemas de un contexto a otro –así sucede en muchas ciudades del Tercer Mundo “invadidas” diariamente por riadas de campesinos desesperados-; y en otros, cuando estas corrientes migratorias no se detienen en las fronteras nacionales, porque los emigrantes acuden siempre en búsqueda de empleo, y, al convertirse éste en un bien escaso incluso en las sociedades más ricas, se genera un conflicto con las capas sociales más pobres de la población autóctona con los que se suele competir en la demanda de necesidades básicas.

Sin embargo, la instrumentalización política de la idea de “avalancha”, contenida en mensajes como “Europa está llena” (Lepen) o “Aquí no cabe todo el mundo” (Aznar), contribuye a que un fenómeno, inevitable mientras exista subdesarrollo en tantas áreas del planeta, sea observado de manera diversa pero mayoritariamente negativa por la población.

Se podría afirmar que, en la actualidad, coexisten dos propuestas contradictorias: la de aquellos que consideran que la emigración es necesaria para asegurar el reemplazo generacional y también para ocupar determinados puestos de trabajo, y la de aquellos otros, la mayoría, que piensan que hay que evitar la llegada de emigrantes a toda costa y apuestan por unas modificaciones legislativas cada vez más restrictivas, en la idea de que cualquier problema: paro, precariedad en el empleo, inseguridad ciudadana, etc. proviene de la masiva entrada de emigrantes.

La escuela tiene que reaccionar frente a una idea meramente funcionalista de la cultura, que considera insano todo lo diferente

Sin duda, una reflexión sobre el ejemplo de Argentina, país próspero, a la vez que receptor de emigrantes, en décadas pasadas y ahora sumido en una profunda crisis económica y social, cuando ya es país de emigrantes forzados, nos ayudará a pronunciarnos en relación con las propuestas anteriores.

Pues bien, en España y al igual que en gran parte de los países Europeos, resulta difícil que se valore la entrada de emigrantes y la multiculturalidad como un hecho positivo, aunque todo sea multicultural -existen más diferencias culturales entre las distintas clases sociales nativas que entre personas de una misma clase social de procedencia diversa. A la vez, resulta muy complicado incluir entre las pautas educativas aquellos objetivos que pudieran transformar la cultura tradicional hacia la que el artículo 1 de la Declaración y Plan de Acción sobre una Cultura de Paz, aprobada por la ONU el 13 de septiembre de 1999, define como “la cultura de la paz”: “...conjunto de valores, actitudes, tradiciones, comportamientos y estilos de vida basados en el respeto a la vida, el fin de la violencia y la promoción y la práctica de la no violencia por medio de la educación, el diálogo y la cooperación; el respeto

pleno y la promoción de todos los derechos humanos y las libertades fundamentales; el compromiso con el arreglo pacífico de los conflictos; los esfuerzos para satisfacer las necesidades de desarrollo y de protección de medio ambiente de las generaciones presentes y futuras; la promoción del derecho al desarrollo; el fomento de la igualdad de derechos y oportunidades de hombres y mujeres; el respeto y el fomento del derecho de todas las personas a la libertad de expresión, opinión e información; la adhesión a los principios de libertad, justicia, democracia, tolerancia, solidaridad, cooperación, pluralismo, diversidad cultural, diálogo y entendimiento a todos los niveles de la sociedad y entre todas las naciones”.

Todo ello, pese al mayoritario reconocimiento de que la educación no puede permanecer al margen de las profundas transformaciones económicas, tecnológicas y culturales que se están registrando en las últimas décadas y aunque se observe un futuro cargado de exclusión, fragmentación y atomización social.

Ante este escenario intentamos aportar una perspectiva diferente a la que se ha tenido habitualmente a la hora de situar el papel de la educación y de la escuela ante el hecho intercultural. Desde esta perspectiva, la educación debe ser capaz de abordar abiertamente aquellas dimensiones indispensables para la formación de una nueva ciudadanía más democrática, más social, más paritaria, más respetuosa con el medio ambiente y, desde luego, más intercultural. Capaz de educar ciudadanos más comprometidos con la diversidad, que acepten, defiendan y promuevan su diferencia, a la vez que sean capaces de tolerarla en otros y en otras y de valorar que puede haber coexistencia y convivencia en términos de respeto mutuo y mediante procesos de comunicación.

En este sentido, la escuela tiene que reaccionar frente a una idea meramente funcionalista de la cultura, que considera insano todo lo diferente, que ve en cualquier innovación un elemento patológico, que se opone a cualquier cambio y a la permeabilidad con el exterior y que, en definitiva, apuesta por que todo siga como está. Una escuela transmisora de una cultura antigua en la que sólo el que está dentro entiende lo que es “lógico” para el grupo y si alguien no entiende algo es porque no pertenece al grupo y no es su papel participar.

El reto fundamental lo constituirá la superación de una práctica educativa que admite que lo diferente lo es para toda la vida y debe ser controlado por la mayoría -mantener cada grupo en su casillero-; que se centra solamente en la valoración del esfuerzo de integración y en la elaboración de herramientas y de estrategias integradoras -integrados para que no molesten-; que adopta una posición tenue, reduccionista e injusta, lejana de la idea de identidad cultural múltiple y de la defensa de múltiples vías de pensamiento.

En definitiva, desde la evidencia de que la educación constituye la base fundamental del progreso de todos los pueblos y el instrumento que permite a los hombres y mujeres de la tierra ser más libres, más humanos, más tolerantes y más solidarios, estamos convencidos de que, en ningún momento y menos en el actual, la escuela debe renunciar a la oportunidad de promover reformas y cambios sociales, de actuar como palanca movilizadora.

España, a la cola de Europa en acogida de inmigrantes

Son ya 80 millones las personas que viven y trabajan de forma legal o ilegal en países distintos, mientras más de un millón sigue emigrando cada año y casi otro millón solicita algún tipo de asilo. Estas cifras, que estamos seguros de que superan los umbrales de

integración ideales en algunas de las zonas de acogida, no deberían ser excesivamente preocupantes en el caso de España, donde, aunque más del 35% de los españoles ve la emigración como uno de los mayores problemas sociales -casi al mismo nivel que el paro o el terrorismo– las cifras de emigrantes están todavía muy por debajo de los niveles europeos (apenas llega al 3% de la población).